

NARRATIVA, SEGUNDO CICLO DE LA ESO

SEGUNDO PREMIO

Lara Rodríguez Gutiérrez (Eva Hooks)

IES RÍA DEL CARMEN

YO TE INVENTÉ

El llanto incesante de mi hermana pequeña me despierta cuando apenas está amaneciendo; con pesar me acerco a la cuna de Amy y trato de tranquilizarla, aunque sin éxito.

Tras varios intentos de calmarla, entra mi madre al cuarto y se la lleva a la cocina para darle el biberón dejándome así volverme a la cama y apurar los últimos minutos de tranquilidad antes de que llegue mi familia. Este año hemos decidido pasar un par de semanas juntos para aprovechar los últimos resquicios de un verano que comenzaba a consumirse.

Han pasado unos 10 minutos cuando oigo el sonido de la vieja y destartalada camioneta de mi tío John aparcando en el jardín delantero. Lentamente me arrastro fuera de la cama y bajo a saludar a todo el mundo.

Que yo recuerde esta casa siempre ha sido de mis abuelos y es realmente grande; pero, sin embargo, media hora después está tan llena que cuesta creer que todavía quede gente por llegar.

Así que entre tanto barullo decido subir a refugiarme en mi habitación antes de que esta también resulte acaparada.

Quiero a mi familia, siempre hemos estado todos juntos y nos apoyamos mutuamente cuando más lo necesitamos; mas al cabo de dos días lo único que quiero

es desaparecer de allí. Las discusiones son leves pero constantes y resulta realmente irritante, así que decido bajar con mis primos a darme un baño al pequeño lago que hay a escasos kilómetros de la vivienda.

El frescor resulta reconfortante, nos lo pasamos bien y estamos allí todo el tiempo que podemos hasta que llega el atardecer acompañado de una gélida brisa que hace que tiemblen los huesos. Desalojados por el frío, emprendemos el camino de vuelta.

Al llegar a casa subo a mi cuarto y me cambio con total normalidad hasta que reparo en un detalle: la cuna de Amy no está, así que bajo a la cocina a preguntarle a mi madre dónde está mi hermana; sin embargo, la respuesta de esta me desconcierta profundamente. Asegura no saber nada en absoluto de ninguna Amy y me mira extrañada cuando le pregunto por la cuna.

Asombrada, bajo a hablar con mi padre quien me contesta de la misma forma que ella, como si su propia hija nunca hubiera existido. Una serie de preguntas a otras personas confirman lo inimaginable: nadie la recuerda.

Quiero pensar que me están gastando una broma pesada, pero sé que no es así; su expresión de desconcierto es sincera, lo cual me hace preocuparme aún más.

No quiero que piensen que estoy loca, por lo que decido salir a buscarla yo sola.

Pasan las horas y sé que debo volver pues la gente estará empezando a preocuparse; pero no quiero, no puedo darme por vencida. Finalmente, abandono la búsqueda y las lágrimas comienzan a nublar me la vista con el recuerdo de su sonrisa.

Llego a casa abatida, sin querer hablar con nadie y me voy directa a dormir deseando que todo esto sea solo un sueño. Apago la luz, aunque sé que no conseguiré dormirme.

A la mañana siguiente descubro que mi tía Alice tampoco está y parece que la historia vuelve a repetirse, nadie la ha visto, nadie la recuerda. Desesperada, cojo la bicicleta y acudo al pueblo más cercano en busca de una comisaría de policía en la que denunciar.

Tras preguntar a un par de ciudadanos, doy con ella y entro corriendo dispuesta a ponerle fin a esta situación. El comisario es amable y me escucha atentamente; sin embargo, tras una pequeña consulta descubren que no hay constancia del nacimiento de ninguna de ellas y me despachan rápidamente pensando que trataba de tomarles el pelo.

Mis intentos por resistirme a abandonar el edificio no hacen sino complicar las cosas y acabo siendo arrestada. Lllaman a mis padres para que vengan a recogerme ya que solo tengo 17 años. En la celda lucho por contener mis lágrimas, pero no puedo, no quiero ni pensar la cara que pondrá mi familia al verme en semejante situación.

Mi padre paga la multa y me llevan a casa, pero su mirada denota preocupación por mi salud mental y, la verdad, no los juzgo. Yo también pensaría que estoy loca si viera las cosas como ellos.

La gente me mira raro cuando no puedo evitar alterarme al no encontrar las cosas de mi hermano en su habitación y, en contra de mi voluntad, me arrastran en el coche hasta la unidad de psiquiatría, donde tras una breve consulta me diagnostican esquizofrenia de grado 1 y me envían a casa con unas pastillas que de ahora en adelante deberé tomarme todos los días.

Empiezo a creer que realmente estoy loca ya que una semana después en la casa solo quedan mi abuela, mis padres y mi tío y no puedo reprimir la constante ansiedad y

estado de alerta que invaden y controlan mi cuerpo así que, tras valorarlo seriamente, mi familia decide internarme en un sanatorio mental.

Cuando los médicos intentan llevarme, lucho, arañó y muerdo aferrada a la idea de que, si entro allí, quizá cuando salga ya no quede nadie a quien ir a buscar. Así pues, intento con todas mis fuerzas soltarme de sus agarres, pero un pinchazo en la pierna me debilita lentamente. Es morfina, me han sedado.

Han pasado tres meses desde que entré en el psiquiátrico. Por fin es el día de mi salida y, temerosa me dirijo colina arriba hacia la casa con miedo de lo que pueda encontrarme al llegar allí.

Me encuentro una casa calcinada que contrasta con las de alrededor, todas arregladas y perfectas. Me acerco con cuidado a los cimientos de lo que un día consideré mi hogar y pienso en qué habrá sido de toda mi familia.

Toco la puerta de la casa de al lado y pregunto por los habitantes de la casa ahora reducida a escombros. Su respuesta me sorprende: "Cariño", me dice con ternura una mujer. "Esa casa se quemó hace dieciséis años, fue un terrible accidente al que solo sobrevivió una niña muy pequeña".

Me quedo en estado de shock y, al reaccionar, salgo corriendo en dirección al lago haciendo caso omiso a los gritos de la señora preguntándome si estaba bien. Una vez que los recuerdos de toda mi vida volvieron a mi memoria, de pronto lo entendí todo.

Nadie nunca notó su ausencia porque nunca estuvieron. Aunque sea doloroso, es la realidad.

Al fin y al cabo, yo los inventé.

Lara Rodríguez Gutiérrez (Eva Hooks)